

y las debilidades del autor, puestas a discusión con el lector, develan un México brutal y al mismo tiempo entrañable. Villoro sigue todo este plan intelectual de Monsiváis con admiración y refinamiento. Por eso digo que ambos autores hacen una polaridad complementaria. Esta compensación es vital para nosotros, porque es liberadora y descolonizadora de los resabios de las mentalidades del México múltiple.

En 1987 el INAH imprimió el libro *Historias para temblar: 19 de septiembre de 1985*, en donde un grupo de investigadores, entre ellos Carlos Monsiváis, reflexionamos y anotamos sobre el fenómeno. Ese libro resaltó que el cronista de México desempolvó la categoría de la sociedad civil, que hasta la fecha funge como una referencia reflexiva en política y politología y como un espíritu chocarrero que promovió cambios en las organizaciones laborales, sobre todo académicas o universitarias. Pero la observación (generalizada) de la acción espontánea de los jóvenes ciudadanos frente a los derrumbes de 1985, como una nueva forma de participación conmovida por su identidad y por la justicia, mostró una nueva vía de saneamiento y superación civilizatoria de la vida ciudadana. Hoy que se repite la tragedia se deben concluir las ideas que brotaron de aquel sismo de 1985; se deben definir y organizarse en la práctica: civilidad civilizatoria y justicia contra la avaricia, el robo, la ignorancia. Esperamos de nuestros tropiezos aprender a caminar con certeza.

El libro INAH de 1987 registró los sismos de los siglos XVII y XVIII; de la etapa entre 1821 y 1870; de aquí a 1912; el tema de los sismos en la mitología universal; la crónica de los hechos inmediatos; la sociedad frente al fenómeno telúrico; el temblor en Tepito; testimonios y entrevistas a las costureras; las organizaciones de damnificados; en fin, la ciudad sacudida.

Hoy con las crónicas en periódicos, revistas y redes, surgirán otros libros sobre nuestra tragedia. Con esos materiales con seguridad reflexionaremos y actuaremos en pos de una organización social justa y decorosa.

Muchos buenos augurios a Juan Villoro por este libro que es de mucho interés en la actualidad, para todo público, especialmente para jóvenes. Porque permite ubicar la importancia y la singularidad de un intelectual complejo, a más de su popularidad, como Carlos Monsiváis, que reseñaba la cultura mexicana al filo de la crítica y siempre con una visión humanista y esperanzadora. El gran investigador de la DEH también desplegó una mirada profunda sobre la sociedad mexicana reflejada en los momentos más agudos de la tragedia. Y allí vio nuestra fortaleza solidaria.

## Las sendas del temor

Alejandro Torrecillas González

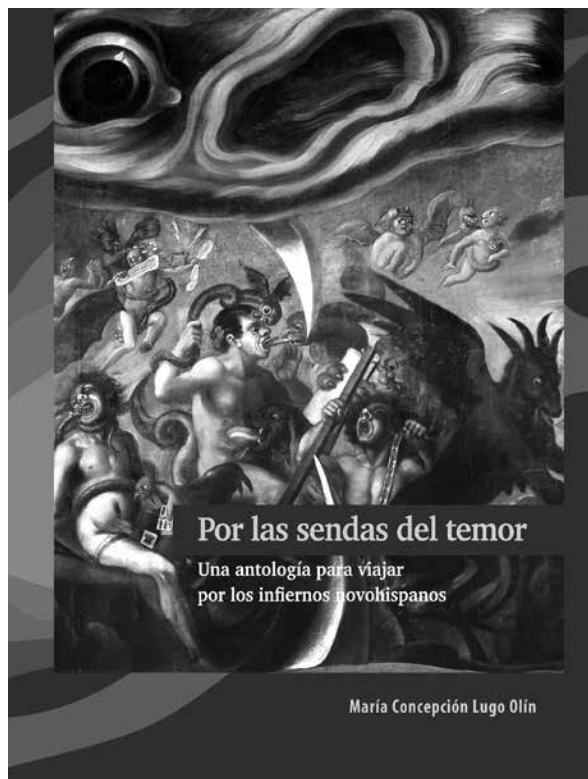
María Concepción Lugo Olín,  
*Por las sendas del temor.*  
*Una antología para viajar por los*  
*infiernos novohispanos,*  
México, INAH (Historia, Serie Sumaria), 2016.

No es casual que en épocas de grandes polémicas y denuncias por fraudes, peculado, robos, secuestros y asesinatos, vengan a la mente cuestiones relativas a la perdición de las almas, en lo atinente al necesario y merecido castigo que en este y en el otro mundo sea deparado como consecuencia del pecado. En su novela *Las tribulaciones de una familia decente* (1958. México, FCE, t. 1), Mariano Azuela nos refiere la voz angustiada de la madre de familia en desgracia económica que ante un abusivo hace la pregunta ingenua y dolorida: “¿Qué no tiene un alma que salvar?” Estas preocupaciones no han cambiado debido a la naturaleza eterna y omnipresente de la idea del merecido castigo de los pecados cometidos por los mortales en esta vida...

Empero la universalidad y atemporalidad del tema, el mundo que ocupa a la investigadora María Lugo Olín en su libro es específico, al tratarse de la cosmovisión de los conquistadores españoles impuesta a los habitantes originarios de las tierras americanas, que prevaleció y dio sustento cultural a los distintos grupos sociales que conformaron el mundo novohispano.

En lo que respecta a la cuestión editorial, conviene señalar que un volumen de tales dimensiones (539 pp.) resulta difícil de manejar para su lectura, por lo que dos tomos hubieran resultado preferibles; también se extraña una guía que relacione los números de los fragmentos antologados con el título del que fueron extraídos. No obstante, el trabajo de la doctora Lugo es amplio, entretenido y sobrecogedor, pero sobre todo ilustrativo en sus imágenes atemorizantes de las penas infernales para todo aquel que descreyera de la jurisdicción de la Iglesia católica sobre las almas, o juzgara innecesaria la mediación de sus sacramentos para estar en paz con el Todopoderoso.

En 1517, Martín Lutero clavaba en la puerta de la iglesia de Wittenburg las tesis que seguidas por Juan



Calvino y Ulrico Zwinglio provocarían el cisma de la Iglesia católica en Europa; dos años después Hernán Cortés desembarcaba en la Villa Rica de la Vera Cruz, para emprender la conquista que pronto vería coronada. Tras él siguieron los misioneros católicos que ejecutarían la labor adoctrinadora que completaría la conquista de las armas con la de las almas, por más que algunos espíritus rebeldes fingieran adoptar las nuevas enseñanzas, creencias y deberes, enterrados debajo de las imágenes de los nuevos santos (o “santamarías”, que a todos los nuevos santos llamaban así), conservarían las de sus *ixiptla* o imágenes divinas propias, según nos comenta Serge Gruzinsky (*La guerra de las imágenes*, México, FCE, 1994). Después, entre 1545 y 1563, se verificaría el Concilio de Trento como reacción contrarreformatora de la Iglesia al rompimiento provocado por los protestantes luteranos.

En esos acuerdos trentinos, la jerarquía católica reafirmó la importancia que daba a los sacramentos y, por ello, como reacción al rompimiento de Lutero, tantos castigos auguraba a quienes no reconocieran su hegemonía. De esta manera, la ira católica encontró ocasión de venganza contra los descreídos y todos

aquellos que descalificasen las facultades de la Iglesia católica como mediadora entre los pecadores y dios padre, incluidos los habitantes originarios que ninguna noticia habían tenido ni de una ni de otra cosa.

Al llegar al “Nuevo Mundo”, las distintas congregaciones se preocuparon más en señalar que aquí estaba enseñoreado el diablo engañador, disfrazado lo mismo de insecto ponzoñoso que de alguno de los animales mal vistos por los religiosos —debido a las reminiscencias en su pensamiento de los antiguos ídolos egipcios y paganos—, que de jefe tribal cuya rebeldía era interpretada como empecinamiento diabólico. Religiosos y cronistas “concibieron las tierras recién conquistadas como un lugar sin fronteras, fluctuante entre lo real y lo imaginario, entre lo terreno y lo divino, y como un sitio habitado por santos y demonios donde se entablaría una lucha tenaz y cotidiana entre el bien y el mal” (pp. 16-17).

De esa manera, “se consideraba que los aborígenes ejercitaban esas prácticas [magia, hechicería, falsas creencias] puesto que se les consideraba descendientes de aquellos grupos idolátricos que después de la construcción de la Torre de Babel y la confusión de lenguas se habían dispersado por el mundo” (p. 14). Por ello, “en virtud de tan pecaminosas herencias inspiradas por el mismísimo Demonio, a los ojos de los evangelizadores el mundo prehispánico se presentó como uno sumergido en las tinieblas, pleno de engaños y mentiras, especie de sucursal del Infierno en la Tierra, donde Satanás [...] había sentado sus reales” (p. 15).

Por ese pensamiento medieval de los peninsulares, y por la necesidad de justificar la sangrienta conquista, se dio paso a las largas y elocuentes descripciones que consideraron como monstruosas y diabólicas las prácticas religiosas e imágenes locales. Para ello se echó mano de las antiguas leyendas europeas, incluso paganas, de la Edad Media (los *exempla*, narraciones ejemplarizantes) y de las narraciones contenidas en las “doctrinas” y “manuales para el predicador”, cuya fuente era el mismo oscurantismo. Por esa vía se introdujeron las imágenes más terribles como castigo para quienes no confiaran a la Iglesia, mediante el sacramento de la confesión, sus intimidades, consideradas pecados. Que además se pusieran en sus manos de esta manera no era sino un simple, muy inocente, accidente: “tras esta promesa de salvación, inmortalidad y gloria, se encerraba un instrumento de vigilancia y control que le permitió a la Iglesia incursionar en las vidas privadas y en las conciencias, normar conductas y comportamientos, con el fin de consolidar su hegemonía” (p. 18).

Como desde siempre, en aras de consolidar su poder sobre las sociedades, se recurrió al temor, y mediante “las anécdotas ejemplares se saturaron de detalladas, sangrientas, macabras e incluso morbosas escenas que describían con lujo de detalle las penas con las que los verdugos infernales, de apariencia fantástica y monstruosa, atormentarían a los condenados por toda la eternidad” (p. 22). Y al considerar que los cinco sentidos son la ventana que comunica al hombre con el exterior, el racionalismo cristiano de santo Tomás de Aquino (p. 33) concluyó que también por esas vías podían cometerse los pecados, y que por eso mismo eran esos sentidos los que habrían de castigarse en el Infierno; consideraciones todas estas que se transmitieron al ámbito novohispano.

No obstante, en su origen, mucha razón había en intentar poner freno a los pecados, que no eran sino la expresión de la barbarie, el abuso y el crimen, la ley del más fuerte, costumbres de los pueblos invasores fácilmente reconocibles en los llamados “siete pecados capitales”, que Gregorio Magno tipificó y condenó. Claro que si en su origen una utilidad social y de convivencia hubo en la estigmatización de tales conductas, al ser aplicadas a los pueblos vencidos y colonizados, se revirtieron criminalmente.

En alguna región de la mente, del temor y del sentido estético humanos subyace el deseo de ver representadas en la gráfica ciertas imágenes del infierno de Dante, además de las escogidas por Gustave Doré para plasmarlas; ese apetito estético no es un censurable deseo morboso, sino un apetito por la grandiosidad, un alimento para la curiosidad y el sentido estético que, además de la siempre necesaria búsqueda de conocimiento y la documentación exacta relativa a la época, motiva una recopilación como la presente y mi propio acercamiento a estos textos. Pero si en imaginación descriptiva, en elocuencia y belleza lingüística, en maravilla horrorizante la *Divina comedia* es superior, mucho más lo es en cuanto a que no fue escrita con la intención punitiva y ejemplarizante con la cual se pergeñaron estos textos, que parten en su totalidad del prejuicio de que todos los naturales “a nuestros enemigos los diablos adoran” (p. 75). No obstante, una antología como la presente es algo que debía hacerse, tanto para comprobar los prejuicios clericales expuestos como para prefigurar el hábitat cultural novohispano y complementar las visiones horribles que el Dante ofrece.

Estos relatos, que no buscan superar la mentalidad de la Edad Media, sino que se aferran en su oscurantismo, para generar temor, han sido divididos

convenientemente por la autora en capítulos, según su naturaleza; en uno se refiere a “Los que se condenan”, y muestran su concepción y su pretensión ejemplarizante, puesto que se aplicaban contra quienes, por ejemplo, no se confesaban “enteramente”, como la india Catalina (p. 103); los ebrios —o más propiamente: “quienes padecían el brutal vicio de la embriaguez” (p. 115)—; o los indios renuentes que, engañados por los diablos, impedían el bautizo de nuevos cristianos y preconizaban el regreso a los antiguos bailes paganos, para regocijo del diablo, disfrazado de su antiguo y espantoso dios (pp. 90-94); o “Ubicación del Infierno”, “Engaños y tentaciones”, o “Para vencer al demonio”, etcétera.

A pesar de lo anterior, otros fragmentos, recogidos en el capítulo “El pecado, padre del Infierno y de sus verdugos” (p. 145), contienen fragmentos con descripciones realmente espantosas del demonio y los pecados; y otro tanto ocurre con “El Infierno, sus penas y tormentos” (p. 154), que en verdad pueden compararse en escabrosa elocuencia e imágenes, propiamente dantescas, con las de la *Divina comedia*, lo cual puede verse en las palabras de san Agustín y santa Teresa de Jesús, suficientes como para horrorizar y hacer temer profundamente a cualesquiera pecadores y escépticos. Escribe san Agustín:

¡Ay de aquellos para quienes se preparó el dolor de los gusanos, el ardor de las llamas, la sed sin refrigerio, el llanto y el rechinar de dientes, las lágrimas, las tinieblas palpables, la pena sin término! Donde no hay ningún orden o conocimiento del prójimo, sino un dolor y gemido continuo. Donde la muerte se desea y no se concede. Donde no se respeta al señor, ni al rey, ni el amo manda a su esclavo, ni la madre ama a su hijo ni su hija, ni el hijo respeta a su padre. Donde abundan todos los males, toda indignación y toda hediondez [...] dice el Antiguo Testamento, todo viviente huye [de] la muerte [...] pero allí desean morir por la amargura de la vida y la muerte huirá de ellos [...] Pues ¿cuánta miseria es aquella, donde la muerte se cebará en ellos sin que puedan morir? [...] allí viven sin fin y mueren sin fin. Allí aborrecen a Dios y asimismo jamás Dios se acordará de ellos (p. 157),

Santa Teresa de Jesús relata una prefiguración del Infierno que le sobrevino estando en oración:

Parecíame la entrada a manera de un callejón muy largo y estrecho a manera de horno muy bajo y

oscuro y angosto. El suelo me parecía un agua con lodo muy sucio y pestilencial olor y muchas sabandijas malas en él.

Al cabo estaba una concavidad metida en una pared a manera de una alacena donde me vi meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso a la vista en comparación de lo que allí sentí [...] como poder decir de la manera que es los dolores corporales tan insoportables [...]

Esto no es pues nada, en comparación del agonizar del alma, un arrepentimiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible [...] con tan desesperado y afligido descontento que yo no sé cómo lo encarecer, porque decir que es un estarte siempre arrancando el alma es poco [...] y digo yo que aquel fuego y desesperación interior es lo peor (p. 158).

Grande era sin duda el temor inspirado y explotado por la Iglesia, pero muy grandes eran también la ignorancia y la ingenuidad de los habitantes originarios, que tan burdas cosas creían a los verdaderos maestros del engaño y la superstición dominadora. Empero, relatos hay como el del fragmento 85, en que aún hoy el seso y el alma se erizan de horror con la amenaza de los Infiernos y sus penas no en una sino en once eternidades. Aunque ello no afecta, aparentemente, a las almas impuras de los prelados pederastas y sus protectores, a quienes no parecen atemorizar en lo más mínimo las palabras del fragmento 213:

¿Quién de vosotros será capaz de morar con los ardores sempiternos? [...] ¿Cómo podrás sufrir este fuego devorador y estos sempiternos incendios! [...] ¿No habitaría ya mucho tiempo ha tu alma en el Infierno si Dios no te hubiera tendido la mano? ¿No te están amenazando los peligros del abismo? ¿No tiene ya abierta y extendida la boca para tragarte? [...] Haz memoria, que están preparados los más atroces tormentos en el Infierno para los sacerdotes malos, [...] porque pecan con mayor gravedad y malicia que los legos. [...] Considera qué horrenda cosa es para un sacerdote caer en el rigor de la justicia de todo un dios vivo [...] de la altura de dignidades y opulencia ser arrojado con los demonios al abismo, dar vueltas entre las llamas con los réprobos, beber hiel de dragones, veneno (pp. 367-368).

Hoy día, el dolor causado por la maldad no parece ser ya un justo castigo divino para quienes han desviado

su comportamiento, sino un dolor infligido por los congéneres que, de esta manera, han arrebatado a los demonios esa tarea punitiva, hoy la maldad no es cosa del diablo, sino de los humanos que ya “no tienen un alma que salvar” y que se complacen hoy en llenar de dolor el universo.

Este envilecimiento mueve tanto al dolor como a la relectura de la *Divina comedia*, y, en ese tenor, la estética macabra de la descripción de tan rotunda idea vuelve comparable el Infierno del Dante con la descripción del Infierno que con fines didácticos y de dominación presentaba la iglesia a los inermes novohispanos.

Esos textos, con apenas tres siglos de diferencia, muestran que aún abrevaban todos ellos de la imaginiería y los temores propios del Medioevo. Aunque si los textos del poeta Dante Alighieri eran saetas para castigar las conductas réprobas de los personajes de su tiempo, los textos para los novohispanos tenían fines preventivos, de amenaza, para asegurarse el espanto y con él la sumisión de los vencidos.

Pese a la grandilocuencia empleada por los sacerdotes peninsulares, quienes en su empeño por atemorizar grandemente a los naturales de América para lograr su dominación absoluta, trajeron a las mentes las descripciones terribles de las peores imágenes que en las mentes europeas horrorizaban con los martirios físicos más espantables, es menester observar que, en la actualidad, tal vez constituye un infierno mayor el saber que se trabaja, se sale a la calle, se vive sin saber si se regresará a casa o si se sufrirá no ya un robo o asalto, sino un secuestro, o, peor aún, si será un familiar la víctima y nos hará sufrir mayormente, en la inteligencia de que las torturas no se verán atemperadas por la esperanza, puesto que se tiene la certeza plena de que las autoridades y las fuerzas policiacas no sólo están coludidas con los diablos secuestradores, sino que son ellos mismos los perpetradores, por esa razón, las estadísticas lo muestran, a las puertas de México, como a las del infierno de Dante, es menester “abandonar toda esperanza”.

Si Sartre tiene razón —y aún no encuentro en qué no la tenga—, “el infierno es el otro”, de modo que las cuevas de entrada al averno, los mares de chapopote hirviendo y plomo fundido, los demonios torturadores, el fuego, los gemidos espeluznantes, los azotes siempre certeros y eternos, son solamente la expresión medioeval de lo que, con fines de control social y sometimiento político, hogaño se traduce en este infierno omnipresente del entorno inmediato.